

**H.P. BLAVATSKY**



**ARTICULOS TEOSOFICOS**

## **OBJETIVOS DEL MOVIMIENTO TEOSOFICO**

- I. La formación de un núcleo de Fraternidad Universal humana, sin distinción de raza, credo, sexo, casta o color.
  
- II. El estudio comparativo de religiones, filosofías y ciencias, antiguas y modernas; y la demostración en la práctica de la importancia de ese estudio.
  
- III. La investigación de las leyes inexplicadas de la Naturaleza, y de los poderes psíquicos latentes en el hombre.

## Prefacio

Los primeros cincuenta años del siglo veinte, justifican ampliamente la presentación de la enseñanza teosófica concerniente al origen del mal, sin necesitar una disculpa ni una introducción extensa. La atmósfera liberal “progresiva” del pensamiento de este período, incluyendo su ética política, su desdén por la metafísica y su ingenuo descuido hacia lo que, a veces, se denomina el aspecto “demoníaco” del comportamiento humano, ha fomentado, desde entonces, las incertidumbres y las ansiedades del presente y, muy a menudo, el severo estado de ánimo de la reacción ha sustituido las esperanzas que, de repente, los crímenes aterradores y la inhumanidad de la ideología, abrumaron.

Las crecientes debilidades del presente pueden disputarse por debilidades *filosóficas*. Son la cosecha moral de una civilización que ha ignorado o considerado superficialmente, cuestiones filosóficas básicas por generaciones, permitiendo el monopolio de la atención de los seres de buena voluntad por formulas socio-políticas apropiadas: todos los “ismos” de la edad.

Durante los últimos veinticinco años del siglo pasado, H.P.Blavatsky, en su revista “Lucifer”, transcribió ciertas discusiones clásicas tocante a la ética y la moral, sin omitir su influencia en la estética, las cuales, ahora es posible reconocer que tienen una importancia crucial y profunda en lo que atañe a los problemas y disyuntivas de la civilización occidental. El contenido de estos artículos es metafísico, moral y social. Se desprenden de los primeros principios de suposición cosmológica y filosófica y a menudo, en discusiones que también “hablan a nuestros tiempos”, rápidamente se dirigen a tópicos de importancia socio-moral inmediata, ya que H.P.B. no escribió a título de observador abstracto y distante; sino como un ser ardientemente interesado en los sufrimientos y las necesidades de los seres humanos.

Entonces, en estas páginas, presentamos tres artículos de H.P.Blavatsky. La primera publicación de “El Origen del Mal”, se remonta a Octubre de 1887 en la revista “Lucifer.” La autora ofrece consideraciones metafísicas según las cuales el mundo del pensamiento oscilará, inevitablemente, entre el optimismo vacuo y un pesimismo desesperado e igualmente superficial, hasta cuando se entienda la explicación filosófica del misterio del mal, la cual iluminará las disyuntivas y las tragedias de la vida humana.

El segundo artículo: “La Caída de los Ideales”, se publicó en “Lucifer” en Diciembre de 1889, en la víspera del año décimo quinto de existencia de la Sociedad Teosófica. Es un juicio intransigente de la civilización cristiana durante los últimos años del siglo diecinueve. En la conclusión de esta discusión, (cuya versión, aquí impresa, es un compendio del original), H.P.B. considera el simbolismo de “Satán”: la explicación teológica del mal, relacionando el significado escondido tras de esta figura trágica del “ángel caído” con el análisis metafísico delineado en “El Origen del Mal.” Por lo tanto, siguen algunas declaraciones extraordinarias concernientes a la conexión de la religión sacerdotal con la agonía de la lucha por la justicia social y con el nihilismo de revolucionarios amargados y desesperados.

“La Civilización, la Muerte del Arte y de la Belleza”, en el “Lucifer” de Mayo de 1891, (mes en el cual Madame Blavatsky murió), es un antídoto vigoroso hacia la vanidad y el orgullo de aquellos según los cuales, la civilización occidental representaba nuevas cumbres de realización en la cultura y en el arte. Mientras los comentarios mordaces de H.P.B., se dirigen a la arrogancia del siglo diecinueve, al lector interesado y perceptivo no le resultará difícil encontrar comparables monstruosidades en el presente, como justificación de su crítica más poderosa. H.P.B. amaba a los antiguos y el futuro, el futuro de un mundo mejor cuya creación trató de ayudar, mientras tenía poco respeto por el presente. Este artículo irradia una luz insólita sobre los males modernos a los cuales el ser humano se ha tan acostumbrado, que su adaptación a éstos es casi inevitable.

## El Origen Del Mal

La consideración filosófica acerca del problema del origen del mal es viable sólo asumiendo la fórmula arcaica hindú como base de la argumentación. Únicamente la sabiduría antigua soluciona, de manera satisfactoria, la presencia del demonio universal, atribuyendo el nacimiento del Cosmos y la evolución de la vida, a la disgregación de la Unidad primordial manifestada, transformándose en pluralidad o la gran ilusión de la forma. La Homogeneidad, al tornarse en Heterogeneidad, crea, naturalmente, contrastes; por lo tanto, surgió lo que llamamos Mal; el cual, desde entonces, reinó supremo en este “Valle de Lágrimas.”

La (erróneamente llamada) filosofía materialista occidental, obtuvo beneficios de esta gran doctrina metafísica. Ultimamente, hasta la ciencia física, empezando por la química, ha encauzado su atención hacia la primera proposición, dirigiendo sus esfuerzos para probar la homogeneidad de la materia primordial valiéndose de datos irrefutables. Pero ahora, entra en juego el pesimismo materialista, una enseñanza que no es ni filosofía ni ciencia; sino sólo un diluvio de palabras insensatas. El pesimismo, en su más reciente desarrollo, ha cesado de ser panteísta y, cohesionándose con el materialismo, se preparó a sacar provecho de la antigua fórmula hindú. Sin embargo, el pesimista ateo, no se eleva más allá del plasma terrenal homogéneo de los darwinistas. Para él, la *última thule* es la tierra y la materia, entreviendo, más allá de la *prima materia*, sólo un vacío feo y la nada vacua. Algunos pesimistas tratan de poetizar su idea, adaptándola a la de los sepulcros blanqueados o a los cadáveres mexicanos, cuyas mejillas y labios lívidos, son espesamente cubiertos de colorete. Sin embargo, el decaimiento de la materia penetra la máscara de vida aparente, no obstante todos los esfuerzos para que ésto no acontezca.

Ahora, el materialismo trata con condescendencia las metáforas y las imágenes hindúes. En una nueva obra sobre el tema del doctor Mainlander: “El Pesimismo y el Progreso”, se menciona que el Panteísmo hindú y el pesimismo alemán son *idénticos* y que el resultado de un un universo tan infeliz, depende de la disgregación de la materia homogénea en heterogénea, la transición de la uniformidad a la multiplicidad. Según declara el pesimismo:

Esta (transición) es, precisamente, el error original, el *pecado primordial*, que la creación entera ahora tiene que expiar mediante sufrimientos penosos; es este *pecado* el que ha catapultado a la existencia todo lo que vive, haciéndolo precipitar, después, en las entrañas abismales del mal y de la miseria y cuya única salida posible consiste en poner *fin al ser mismo*.

Es un concepto profundamente erróneo interpretar la fórmula oriental como si la primera idea para sustraerse a la miseria de la vida consistiera en “poner fin al ser”, sea que este ser signifique el Cosmos entero o sólo la vida individual. El panteísta oriental, cuya filosofía le enseña a discernir entre el Ser o Esse y la existencia condicionada, difícilmente consentiría una idea tan absurda como aquella que tal alternativa postula. Sabe que puede poner un fin únicamente a la *forma* y no al *ser* y ésto sólo en nuestro plano de ilusión terrenal. Es verdad, sabe que, al eliminar en sí mismo *Tanha*, (el deseo insatisfecho por la existencia, o la “*voluntad de vivir*”), gradualmente escapará a la maldición del

renacimiento y de la existencia *condicionada*. Sin embargo, también sabe que aún no puede matar o “poner fin” a su pequeña vida, excepto como personalidad, la cual, después de todo, es meramente un cambio de vestido. Además, como cree en la Realidad Unica, que es la *Seidad* eterna, la “Causa *sin causa*” de la cual se ha desterrado en un mundo de formas, considera sus manifestaciones temporales y progresivas en el estado de *Maya* (cambio o ilusión), verdaderamente como el mayor mal, pero al mismo tiempo, como un proceso en la naturaleza tan inevitable como los dolores de parto. Es el único medio por el cual puede pasar: de las vidas limitadas y condicionadas de dolor, a la vida eterna o en la “Seidad” absoluta que la palabra sánscrita *sat* expresa tan gráficamente.

El “Pesimismo” del hindú o del panteista budista es metafísico, abstruso y filosófico. La idea según la cual: la materia y sus manifestaciones Proteicas son la fuente y el origen del mal y del dolor universal, es muy antigua, aunque Gautama Buda fue el primero en brindarle su expresión definida. Sin embargo, el reformador indo, ¡seguramente nunca se propuso de convertirla en el asidero al cual el pesimista moderno pudiese aferrarse, ni en un clavo al que el materialista pudiera colgarle sus doctrinas tergiversadas y deletéreas! El Sabio y Filósofo, que se sacrificó por la Humanidad, *viviendo por ella a fin de salvarla*, enseñando a las personas a ver en la existencia sensual de la materia, únicamente la miseria, nunca pensó, en su profunda mente filosófica, en ofrecer una recompensa por el suicidio. Sus esfuerzos consistían en liberar a la humanidad del vínculo demasiado fuerte hacia la vida, que es la causa principal del Egoísmo y por ende, el creador del dolor y del sufrimiento recíproco. En su caso personal, Buda nos ha dejado un ejemplo de fortaleza a seguir: vivir la vida sin huir de ella. Su doctrina muestra el mal inmanente, *no en la materia*, que es eterna, sino en las ilusiones que crea a través de los cambios y transformaciones de la materia generadora de vida, porque estos cambios son condicionados y esta existencia es efímera. Al mismo tiempo: según consta, estos males no sólo son inevitables, sino necesarios; ya que, si queremos discernir el bien del mal, la luz de las tinieblas, apreciando la primera, ésto es posible únicamente por medio del contraste entre los dos. Aunque el significado literal de la filosofía de Buda indica sólo el lado oscuro de las cosas en este plano ilusorio, su esoterismo, su alma oculta, descorre el velo revelando al Arhat las glorias completas de la Vida Eterna en *toda la Homogeneidad de la Conciencia y del Ser*. Indudablemente, para la ciencia materialista y aún para el idealismo moderno, ésta es otro absurdo, mientras que es un *hecho* para el Sabio y el Panteista esotérico.

Sin embargo, la idea raíz según la cual: el mal nace y es engendrado por las complicaciones siempre crecientes del material homogéneo que entra en la forma, diferenciándose más y más tan pronto como ésta adquiere un aspecto físico más perfecto, tiene un lado esotérico acerca del cual el pesimista moderno nunca parece estar consciente. Sin embargo, toda nación antigua pensante especuló sobre su aspecto literal. Aún en la India, el Sectarismo ha tergiversado el pensamiento primitivo yacente en la fórmula que acabamos de mencionar, conduciendo así a las observancias ritualísticas y puramente dogmáticas de los *Hatha Yoguis*, la antítesis del *Raja Yoga* filosófico Vedántico. La especulación pagana y cristiana y hasta el ascetismo monástico medieval, han extraído todo lo que pudieron de la original y noble idea, subordinándola a sus opiniones estrechas y sectarias. Sus falsos conceptos han conducido a los cristianos, desde sus albores, a identificar a la mujer con el Mal y la materia, no obstante el culto que la Iglesia Católica Romana rinde a la Virgen.

Como veremos, la última aplicación de la fórmula hindú mal comprendida por los pesimistas alemanes, es verdaderamente original y muy imprevista. Trazar alguna analogía entre una enseñanza altamente metafísica y la teoría de Darwin de la evolución física pareciera, de por sí, una tarea vana, especialmente cuando, la teoría de la selección natural no predica ninguna concebible exterminación del *ser*, sino que, al contrario, un desarrollo continuo y siempre creciente de la *vida*. Sin embargo, la inventiva alemana, valiéndose de paradojas científicas y mucho sofismo, ha logrado brindarle una apariencia de verdad filosófica. La misma doctrina hindú no se ha sustraído a la disputa por parte del pesimismo moderno. El feliz descubridor de la teoría según la cual: el origen del mal remonta a la *Ameba* protoplásmica, la cual se dividió para procrear, perdiendo así su immaculada homogeneidad, pretende ampararla, en su nuevo volumen, recurriendo a la fórmula arcaica ariana. Mientras exalta su filosofía y la profundidad de los conceptos antiguos, preconiza que se debería considerar “¡como la verdad más profunda, que los sabios de antaño han *ideado* y *hurtado* del pensamiento moderno”!

Por lo tanto, el “pensamiento moderno” pone en el mismo nivel, equiparándolos: al Panteísmo profundamente religioso hindú, al filósofo budista y a las divagaciones ocasionales del materialista pesimista, ignorando el abismo infranqueable entre los dos. Parece importar poco que el panteísta, no reconociendo realidad alguna en el Cosmos manifestado, considerándolo una simple ilusión de sus sentidos, también debe percibir su existencia como un conjunto de ilusiones. Por lo tanto, cuando habla de los medios para escapar de los sufrimientos de la vida objetiva, sus ideas concernientes a tales sufrimientos y su motivación para poner fin a la existencia, son completamente diferentes de las del materialista pesimista. El considera el dolor y el sufrimiento como ilusiones debidas al apego a esta vida y a la ignorancia, razón por la cual añora la inmutable vida eterna y la conciencia absoluta en el estado de Nirvana. Mientras que, el pesimista europeo, considerando los “males” de la vida como *realidades*, cuando tiene el tiempo para aspirar, anhela cualquier cosa, excepto las susodichas *realidades* mundanas.

Para el filósofo existe sólo una verdadera vida, *la beatitud Nirvánica*: un estado que se diferencia, en género y en grado, de aquellos de cualquier plano de conciencia en el universo manifestado. El pesimista llama el “Nirvana” superstición, explicándolo como la “cesación de la vida” que, según él, empieza y termina en la tierra. El filósofo ignora, en sus aspiraciones espirituales, aún la unidad integral homogénea a la cual el pesimista alemán explota muy bien. El conoce y cree, únicamente, en la causa directa de esa unidad eterna y *siempre viviente porque es el Uno increado* o más bien, no evolucionado. Razón por la cual dirige todos sus esfuerzos hacia la reunión más célere posible con su condición *pre-primordial*, retornando a ésta después del peregrinaje a través de estas series ilusorias de vidas imaginarias con sus irreales fantasmagorías de percepciones sensoriales.

Sólo el creyente en una Providencia personal, que impugna su negación de la realidad de cada cosa “creada”: condicionada y limitada, valiéndose de su fe ciega y antifilosófica, puede motejar de “pesimista” a tal panteísmo. La mente oriental no se empeña en educir el mal de cada ley radical y manifestación de la vida, multiplicando toda cantidad fenomenal por las unidades de males, muy a menudo, imaginarios. El Panteísta oriental se somete, simplemente, a lo inevitable y trata de eliminar, de su senda en la vida, los más “descensos en la materia” posible, rehuendo la creación de nuevas causas *Kármicas*. El filósofo budista sabe que la duración de las series de vidas de cada ser humano, a

menos que alcance el Nirvana “artificialmente”: (“tomando el reino de Dios con violencia” según dice la Cábala), es accesible, alegóricamente, en los *cuarenta y nueve* días que Gautama Buda pasó bajo el árbol Bo. En su turno, el sabio hindú está consciente de que debe encender el *primer* fuego y apagar el *cuarentanueveavo*,<sup>1</sup> antes de alcanzar su liberación final. Al saber ésto, el binomio sabio y filósofo espera, pacientemente, la hora natural de la liberación, mientras su desafortunado émulo, el pesimista europeo, está siempre preparado a cometer y predicar el suicidio. El, ignorando las inmensurables cabezas de la Hydra de la existencia, no puede sentir el mismo desdén filosófico hacia la vida como lo siente por la muerte, entonces, es incapaz de seguir el mismo sabio ejemplo que su hermano oriental le imparte.

Así, el panteísmo filosófico es muy diferente al del pesimismo moderno. El primero radica en la comprensión correcta de los misterios del ser, mientras el otro es, en realidad, sólo un ulterior sistema nocivo que una fantasía enferma agrega a la cornucopia, ya extensa, de verdaderos males sociales. En realidad, no es filosofía, sino simplemente una calumnia sistemática de la vida y del ser, el producto bilioso de un dispéptico o de un hipocondríaco incurable. Nunca se podrá tratar de delinear un paralelo entre los dos sistemas de pensamiento.

En efecto, las semillas del mal y del dolor fueron el primer resultado y consecuencia de la heterogeneidad del universo manifestado. Aún, son una ilusión producida por la ley de los contrastes que, según describimos, es una ley fundamental en la naturaleza. El bien y mal no existirían si no fuese por la luz que ambos se irradian. Siempre se ha observado que, desde la creación del Mundo, el *Ser*, prescindiendo de cualquier forma que asuma, ofrece estos contrastes, mientras en el universo el mal predomina a causa del *Egoísmo*. Por lo tanto, según la rica metáfora oriental: la existencia es una manera de expiar el error de la naturaleza; y desde entonces, el alma humana (*psüche*) fue considerada como el chivo expiatorio y la víctima de una Gran-Alma *inconsciente*. Sin embargo, no dio origen al Pesimismo; sino a la Sabiduría.

Sólo la ignorancia es la mártir voluntaria, sin embargo, el conocimiento es el maestro del pesimismo natural. Paulatinamente y mediante el proceso hereditario o *atavismo*, este último llegó a ser innato en el ser humano. Está siempre presente en nosotros a pesar de cuán latente y silenciosa sea su voz al principio. Entre los primeros gozos de la existencia, cuando las energías vitales de la juventud aún rebosan, cada uno de nosotros está inclinado a acusar a la *vida* por la primera experiencia dolorosa: después de un fracaso o la súbita aparición de una nube oscura, percibiendo, entonces, la *vida* como una carga y, a menudo, maldiciendo nuestro ser. Esto muestra el pesimismo en nuestra sangre y al mismo tiempo la presencia de los frutos de la ignorancia.

Al multiplicarse la humanidad, la pena y el dolor se intensifican ya que el sufrimiento aumenta proporcionalmente, siendo el resultado natural del creciente número de unidades que lo generan.

---

<sup>1</sup> Esta es una doctrina esotérica y el lector común extrapolará muy poco de ella. Sin embargo, el Teósofo que ha leído “El Budismo Esotérico”, podrá calcular 7 por 7 de los *cuarentanueve* “días” y *cuarentanueve* “fuegos”, comprendiendo que la alegoría se refiere, esotéricamente, a las siete razas-raíces humanas consecutivas con sus siete subdivisiones. Cada mónada nace en la primera y obtiene la liberación en la séptima y última raza. Según se muestra, sólo un “Buda” la alcanzó durante el curso de una vida.

Vivimos en una atmósfera de tristeza y desesperación debido a que nuestra mirada se dirige hacia abajo enfocándose en la tierra con todas sus manifestaciones físicas y burdamente materiales. Si en cambio, el ser que recorre el viaje de su vida mirara, no hacia el cielo, que es un simple artificio retórico, sino en *su interior*, centrando su punto de observación en el ser *interno*, muy pronto escaparía del abrazo sinuoso de la serpiente de la ilusión. De la cuna a la tumba, su vida se tornaría soportable y digna de ser vivida aún en las fases peores.

El pesimismo, esa sospecha crónica que ve el mal apostarse por todas partes, tiene una naturaleza doble y produce frutos de dos clases. Es una característica en el ser físico, convirtiéndose en una maldición sólo para el ignorante. Es un beneficio para la persona espiritual ya que la induce a encaminarse a lo largo de la senda correcta, conduciéndola al descubrimiento de otra verdad fundamental: todo lo que existe en el mundo es simplemente *preparatorio* porque es caduco. Es como una abertura en las paredes oscuras de la prisión de la vida terrenal, a través de la cual irrumpe un rayo de luz de la morada eterna, que, al iluminar los sentidos *internos*, le susurra al prisionero en su celda de arcilla, acerca del origen y del misterio dual de nuestro ser. Al mismo tiempo, es una tácita prueba de la presencia, en el ser humano, de aquello *que sabe sin que se le diga nada*: la existencia de otra vida mejor, una vez que las necesidades por la vida terrena han terminado.

Como ya dijimos: esta explicación del problema y del origen del mal es de carácter totalmente metafísico, por ende, no tiene ninguna relación con las leyes físicas. Puesto que pertenece completamente a la parte espiritual del ser humano, es más peligroso considerarla superficialmente que ignorarla. Visto que yace en la verdadera raíz de las éticas de Gautama Buda y como ahora ha caído en las manos de los modernos Filisteos del materialismo, confundir los dos sistemas de pensamiento “pesimista” puede conducir al suicidio mental o a algo peor.

Según la enseñanza de la sabiduría oriental: el espíritu debe pasar por la prueba de la encarnación de la vida y ser bautizado en la materia antes de que pueda alcanzar la experiencia y el conocimiento. Sólo después de esto recibe el bautismo del alma o autoconciencia y puede regresar a su condición original de dios, *más* la experiencia, para acabar en la omnisciencia. En otras palabras, puede retornar al estado original de homogeneidad de la esencia primordial, únicamente a través de la añadidura de los frutos del Karma, la única capaz de crear una deidad *consciente* y absoluta retirada, solamente de un grado, del Todo absoluto.

Aún, según la interpretación literal de la Biblia, el mal debe haber existido antes de Adán y Eva; los cuales, entonces, son inocentes de la calumnia acerca del pecado original. Ya que si el mal y el pecado no existían antes de ellos, tampoco podía haber el binomio Serpiente tentadora y Arbol del Conocimiento del *bien y del mal* en El Edén. El verso que describe cuando la pareja ha probado el fruto, muestra las características de aquel manzano: “La vista de ambos se abrió y *ellos sabían*” muchas cosas además de darse cuenta que estaban desnudos. Por ende, queda correctamente demostrado que un excesivo conocimiento concerniente a las cosas materiales es un mal.

Sin embargo, esto es verdad y es nuestro deber examinar y combatir la nueva teoría perniciosa. Hasta ahora, el pesimismo se ha ceñido a las regiones de la filosofía y de la metafísica, sin pretensión alguna de

penetrar en el campo de la ciencia puramente física: véase el darwinismo. Ahora, la teoría de la evolución ha llegado a ser casi universal y no existe escuela, (exceptuando el catecismo y las escuelas misioneras), donde no se enseñe, aportando más o menos modificaciones al programa original. De otro lado, no hay enseñanza más abusada y explotada que la evolución, especialmente por la aplicación de sus leyes fundamentales a fin de solucionar los problemas más complejos y abstractos de la polifacética existencia humana. Ahí, donde aún la psicología y la filosofía “temen adentrarse,” la biología materialista acude a su martillo de analogías superficiales y de conclusiones preconcebidas. Peor que todo, al afirmar que el ser humano es únicamente un animal superior, mantiene su derecho de pertenecer, incontrovertiblemente, al campo de la ciencia y de la evolución. Ahora, las paradojas en estos “campos” han pasado del estado de lluvia a aquel de diluvio. Como “el hombre es la medida de todas las cosas”, es medido y analizado por el animal. Un materialista alemán pretende que la evolución espiritual y psíquica es la propiedad legítima de la fisiología y de la biología. Según se dice: sólo los misterios de la embriología y de la zoología pueden solucionar aquellos de la conciencia humana y del origen del alma. (Haeckel). Otro encuentra la justificación al suicidio valiéndose del ejemplo de los animales, los cuales, una vez cansados de vivir, ponen fin a su existencia desnutriéndose. (Leo Bach.)

Hasta ahora el pesimismo, no obstante la cornucopia y la brillantez de sus paradojas, tenía un punto débil: la ausencia de alguna base real y evidente sobre la cual reposar. Sus seguidores no poseían ningún pensamiento vivo y guía para que fungiera de faro a fin de ayudarlos a evitar los escollos de la vida, real e imaginaria, que ellos mismos han profusamente sembrado en la forma de denuncias contra la vida y el ser. Todo lo que podían hacer era depositar su confianza en sus representantes, quienes ocupaban el tiempo de manera muy ingeniosa si no proficua, atando los muchos y abigarrados males de la vida, a las proposiciones metafísicas de los grandes pensadores alemanes: Schopenhauer y Hartmann, como los niños atan colas coloreadas a los papalotes de sus padres y se refocilan al verlos elevarse en el aire. Sin embargo, ahora el programa cambiará. Los pesimistas, a fin de imprimir sus lamentaciones y cantos lúgubres, han encontrado algo más sólido y autoritativo, pero menos filosófico, que los *papalotes* de Schopenhauer. El día en el cual accedieron a las ideas de este filósofo, quien indicó la Voluntad Universal como artífice de todos los males del mundo, ha pasado y nunca volverá. Al mismo tiempo, el nebuloso “Inconsciente” de que habla Hartmann no los satisfará más. Han buscado, diligentemente, un terreno más congenial y menos metafísico sobre el cual elaborar su *filosofía* pesimista y el éxito ha sido su recompensa, ahora que han descubierto que la causa del Sufrimiento Universal reside en las leyes fundamentales del desarrollo físico. El mal no se aliará más con el vago e incierto Fantasma llamado “Voluntad”, sino que con un hecho obvio, de aquí en adelante, los Evolucionistas dirigirán a los Pesimistas.

En la frase de apertura de este artículo, se ha expuesto el argumento básico de su representante. El Universo y todo lo que contiene, apareció como consecuencia de la “disgregación de la Unidad en *Pluralidad*.” Como ya mostré, esta interpretación bastante vaga de la fórmula inda no se refiere, en la mente del pesimista, a la Unidad única, la abstracción vedantina: Parabrahm; si no, seguramente, no habría empleado la palabra “disgregación,” ya que indica, principalmente, el *protoplasma* terrenal, por lo tanto no abarca a Mulaprakriti, o el “Velo” de Parabrahm, ni siquiera a la primera materia manifestada primordial, excepto por inferencia según la exposición del doctor Mainlander. En este caso,

el espíritu o la deidad son, rotundamente, ignorados por la necesidad, evidentemente, de mostrar al entero como “el reino legítimo de la ciencia física.”

En breve, según se afirma: esta fórmula antigua se cimienta y tiene su justificación en la teoría por la cual: “algunas, quizá una única forma de la naturaleza más simple” (Darwin) es la fuente de donde, paulatinamente, se desarrollaron “todos los diferentes animales y plantas hoy existentes y todos los organismos que vivieron en la tierra desde el principio.” Según nos dicen: este axioma de la ciencia justifica y demuestra la doctrina filosófica hindú. ¿Qué es dicho axioma? Es lo siguiente: la ciencia enseña que las series de transformaciones a través de las cuales la semilla pasa: convirtiéndose en un árbol, un *ovum* o en eso que se desarrolla en un animal, consta, en todo caso, únicamente del pasaje de los constituyentes de esa semilla, de la forma homogénea en heterogénea o compuesta. Esta es la verdad científica, la cual verifica la fórmula hindú con aquella de los evolucionistas, identifica ambas y exalta la sabiduría antigua reconociéndola digna del pensamiento materialista moderno.

Según la explicación de nuestro pesimista: el crecimiento y el desarrollo de las especies aisladas no avala simplemente esta fórmula filosófica, pero queda demostrada de manera general y detallada. Se encuentra justificada tanto en la evolución y desenvolvimiento del Universo como en aquello del planeta. En pocas palabras: el nacimiento, el crecimiento y el desarrollo del mundo orgánico completo en su totalidad integral, existen a fin de demostrar la antigua sabiduría. A partir del universal para llegar al particular, se descubre que el mundo orgánico está sujeto a las mismas leyes de constante elaboración creciente, de transición de la unidad a la pluralidad, que es “la fórmula fundamental de la evolución de la vida.” Aún, el crecimiento de las naciones, de la vida social y de las instituciones, el desarrollo de los idiomas, de las artes y de la ciencia, siguen, inevitable y fatalmente, la ley omniabarcante de la “disgregación de la unidad en pluralidad y el pasaje de la homogeneidad a la multiplicidad.”

Sin embargo, nuestro autor, mientras sigue la sabiduría hindú, exagera esta ley fundamental a su manera, desvirtuándola. El la aplica, aún, en los destinos históricos de la humanidad, avasallándolos a la concepción hindú y usándolos como prueba de su exactitud. Según él la humanidad, como un entero integral, se distancia más y más de su armoniosa unidad original y saludable, proporcionalmente al desarrollo y progreso en su evolución y a la separación en sus partes, cada una de las cuales se convierte en una rama distinta e independiente de la unidad. Tanto las complicaciones de las organizaciones y relaciones sociales, como aquellas individuales, conducen a la depauperación del poder vital, al relajamiento de la energía del sentimiento y a la destrucción de esa unidad integral, sin la cual ninguna armonía interna es posible. La ausencia de esa armonía genera una discordia interior que se torna en la causa de la más grande miseria mental. El mal radica en la real naturaleza de la evolución de la vida y sus complicaciones. Cada uno de sus pasos hacia adelante es, al mismo tiempo, un paso hacia la disolución de su energía y conduce a la apatía pasiva. Según dice, este es el corolario inevitable de cada complicación progresiva de la vida; ya que la evolución o el desarrollo es una transición de la homogeneidad a la heterogeneidad, una dispersión del entero en la multiplicidad, etc., etc. Esta ley terrible es universal y abarca toda la creación: desde el infinitamente pequeño hasta el ser humano, puesto que, según dice, es la ley fundamental de la naturaleza.

Esta visión unilateral de la naturaleza física, que el autor alemán acepta sin pensar, ni mínimamente, en su aspecto espiritual y psíquico, entraña la capitulación cierta de su escuela. La cuestión no consiste en saber si dicha ley de diferenciación y sus fatales consecuencias, pueda o no pueda aplicarse en algunos casos al crecimiento, al desarrollo de las especies animales y hasta del ser humano; sino simplemente si es, de verdad, una ley fundamental y *universal*: puesto que es la base y el soporte principal de la nueva teoría de la escuela pesimista. Queremos saber si esta fórmula básica de la evolución abarca el proceso completo del desarrollo y del crecimiento en su totalidad y si realmente es parte de la esfera de la ciencia física o no. Si, según Mainlander: “es nada más que la transición del estado homogéneo al heterogéneo”, entonces no nos queda más que probar que dicho proceso: “produce esa complicada combinación de tejidos y órganos que forma y completa el animal y la planta perfectos.”

Según las observaciones de algunos críticos sobre el “pesimismo y el Progreso”, el pesimista alemán no tiene la menor duda referente a esto. Su presunto descubrimiento y enseñanza: “descansan, completamente, en su certidumbre de que el desarrollo y la ley fundamental del complicado proceso de organización, representan, únicamente, una cosa: la transformación de la unidad en pluralidad.” De aquí deriva la identificación del proceso con la disolución, el decaimiento y la depauperación de todas las fuerzas y energías. Las analogías de Mainlander serían correctas si esta ley de la diferenciación de la homogeneidad en la heterogeneidad representara, realmente, la ley fundamental de la evolución de la vida. Sin embargo, la idea es bastante errónea tanto metafísica como físicamente. La evolución, *análogamente* a cualquier otro proceso natural, no procede en línea recta, sino que sigue una trayectoria *cíclica* al igual que todo el resto. Las serpientes cíclicas tragan sus colas como la Serpiente de la Eternidad. Por lo tanto, las ciencias naturales y especialmente la biología, corroboran, en este punto, la fórmula hindú, la cual es una enseñanza de la Doctrina Secreta.

A continuación está lo que leemos en “Cartas Científicas” de un autor y crítico anónimo ruso:

En la evolución de los individuos aislados, en la evolución del mundo orgánico, en aquella del Universo, como en el crecimiento y en el desarrollo de nuestro planeta, en breve, dondequiera que acontezca algún proceso de la complejidad progresiva, encontramos, amén de la transición de la unidad a la pluralidad y de la homogeneidad a la heterogeneidad, *una transformación inversa: la transición de la pluralidad a la unidad, del heterogéneo al homogéneo* [...] Según la demostración de una minuciosa observación de dado proceso de complejidad progresiva, lo que acontece en esto no es únicamente la separación de las partes, sino que su absorbimiento recíproco. [...] Mientras una porción de las células se cohesionan mutuamente uniéndose en un entero uniforme, constituyendo las fibras y los tejidos musculares, otras son absorbidas en los tejidos óseos y nerviosos, etc., etc. El mismo proceso sucede en la formación de las plantas [...]

En este caso, la naturaleza material repite la ley que actúa en la evolución de lo psíquico y de lo espiritual: ambos descienden para reascender y fundirse en el punto de partida. *La masa homogénea formativa o el elemento diferenciado en sus partes se transforma, paulatinamente, en el heterogéneo. Después, ensamblando esas partes en un entero armonioso, vuelve a empezar un proceso inverso o reinvolución, retornando, de manera gradual, a su estado primitivo o primordial.*

Al mismo tiempo, el pesimismo no encuentra mejor amparo en el materialismo puro el cual, hasta ahora, ha sido matizado con una tendencia decididamente optimista. Mientras sus principales defensores nunca titubearon en escarnecer la adoración teológica de la “gloria de Dios en todas sus obras.” Büchner se mofa del panteísta que ve en este mundo tan “insensato y malvado”, la manifestación del Absoluto. Sin embargo, en general, el materialista admite un equilibrio del bien sobre el mal, quizá como parapeto contra cualquier tendencia “supersticiosa” propensa a buscar y esperar algo mejor. Siendo su visión tan estrecha y su horizonte espiritual tan limitado, aún no advierten ninguna causa que induzca a la desesperación debida al curso general de las cosas. Sin embargo, los pesimistas *panteístas* nunca cesaron de insistir que la desesperación del ser consciente es el único resultado legítimo de la negación atea. Naturalmente, tal opinión es axiomática o así debería ser. Si “sólo en esta vida hay esperanza”, la tragedia de la existencia está absolutamente desprovista de alguna razón de ser y perpetuar esta disyuntiva es tan insensato como fútil.

El hecho de que una cierta clase de escritores ateos han, en fin, asimilado las conclusiones del pesimismo, es un aspecto sorprendente de nuestro período, otra señal de los tiempos. Ilustra la verdad según la cual: el vacío creado por la moderna negación científica no puede y nunca podrá ser llenado por las perspectivas frías ofrecidas como *alivios* a los optimistas. “El entusiasmo de la Humanidad” de que habla Augusto Comte, es realmente muy poca cosa en comparación con la aniquilación de la Raza que derivará “del lento apagamiento de los fuegos solares; si en verdad *se extinguirán* en el tiempo calculado para contentar a la ciencia física. Si a la larga, todas las penas y los sufrimientos actuales, la aspera batalla por la existencia y el conjunto de horrores que abarca, resultan ser fútiles, si el Hombre es una simple efímera, el títere de fuerzas ciegas, ¿por qué contribuir perpetuando esta farsa? La “trituration incesante de la materia, de la fuerza y de la ley”, acelerará la precipitación de la multitud humana en el olvido eterno, no dejando, al final, ninguna huella o reliquia del pasado cuando las cosas regresen a la nebulosidad de la neblina ígnea de donde surgieron. La vida terrenal no tiene un propósito por sí sola. Está cubierta por las tinieblas y la miseria. Por lo tanto, no parece extraño que el negador con el Alma ciega, prefiere el pesimismo de Schopenhauer al optimismo carente de base de Strauss y de sus seguidores, los cuales, en la luz de sus enseñanzas, llaman a la mente los espíritus animales de un joven asno después de una buena comida de cardos.

Desde luego, una cosa está clara: la necesidad absoluta de una solución que abarque los hechos de la existencia en una base optimista. A la sociedad moderna la embebe un cinismo creciente y la impregna un disgusto por la vida. Este es el resultado de una extrema ignorancia acerca de las operaciones del Karma y de la naturaleza de la evolución del Alma. El pesimismo ha alcanzado una importancia tan exagerada debido a una lealtad errónea hacia los dogmas de una teoría evolutiva ampliamente mecánica y espuria. Una vez asimilada la base de la Gran Ley, las recientes rectificaciones aportadas al sistema de pensamiento de Schopenhauer o las sutilezas metafísicas tejidas por el “filósofo del Inconsciente,” no encontrarán un posible lugar al cual ampararse. Además, ¿cuál filosofía puede proporcionar mejores métodos para tal asimilación y solución final, que la doctrina esotérica de los grandes Sabios Hindúes? Sólo el estudio de la filosofía primordial, ahora esotérica, puede probar la sensatez de la Existencia *Consciente* y, según enseña: “no existe muerte ni vida, ya que ambas son ilusiones; el ser (o la *seidad*) es la única realidad.” Uno de los más grandes fisiólogos que jamás haya

vivido, repitió esta paradoja muchas eras después. Claude Bernard dijo: “La Vida es Muerte.” El organismo vive porque sus partes perecen constantemente. Es cierto que la idea de la supervivencia del más adecuado radica en esta verdad. La vida del todo superior necesita la muerte del inferior; ya que el fallecimiento de las partes depende del primero, al cual están subordinadas. Como la vida es muerte, así la muerte es vida y el gran ciclo de vidas forma simplemente Una Existencia, *cuyo peor día se desdobra en nuestro planeta.*

Aquel que *sabe*, extraerá lo mejor de ésto. Ya que rayará el día para todo ser, una vez que el Conocimiento lo haya emancipado de la ilusión y de la ignorancia. Por fin, en ese momento, en verdad y *con completa Conciencia*, proclamará a Mahamaya:

*“¡Tu casa ha sido abatida y la parhilera destruída!*

*¡La ilusión la forjó!*

*¡Así, salvo, paso para conseguir la liberación [...]*”

**H.P.B.**

## La Caída De Los Ideales

**i**Ay! ya sea que dirijamos nuestra mirada hacia cualquier punto cardinal, se constata simplemente un contraste externo. Que se observe la vida entre los cristianos o los paganos, los seres mundanos o religiosos, siempre y dondequiera, nos encontramos con el hombre, el hombre disfrazado y sólo el Hombre. No obstante el transcurso de los siglos, el diluirse de las décadas desde el seno del tiempo, la implementación de grandes reformas, el continuo ascenso y descenso de imperios y hasta la desaparición de razas completas frente a la marcha triunfante de la civilización; en su pavoroso egoísmo, el “hombre” que *era*, es el “hombre” que *es*, juzgado por su elemento representativo: el público y especialmente la sociedad. Sin embargo, ¿tenemos el derecho de juzgar al ser humano valiéndonos de sus parámetros totalmente artificiales? Hace un siglo hubiéramos respondido negativamente. Hoy, contestamos perentoriamente y en forma positiva, debido al rápido ascenso de la humanidad hacia la civilización, engendrando el egoísmo con el cual debe, desde luego, mantenerse al paso. En el presente, cada individuo, especialmente en Inglaterra y en América, es ese público y esa sociedad, mientras las excepciones simplemente prueban y corroboran la regla. No es posible sincopar el progreso humano contando las unidades, especialmente según la base del crecimiento interno y no externo. Por lo tanto, tenemos el derecho de juzgar ese proceso conforme al parámetro moral público de la mayoría; dejando que la minoría se queje por la caída de sus ideales. ¿Y qué descubrimos? En primer lugar, encontramos que la Sociedad: la iglesia, el estado y la ley se han aliado en una conspiración convencional contra la presentación pública de los resultados que tal prueba ha proporcionado. Les gustaría que dicha minoría aceptara a la sociedad y al resto en bloque en sus lindos vestidos, sin sondear la podredumbre social que ocupa el trasfondo. Pretenden, de mutuo acuerdo, idolatrar un Ideal: el Fundador de su Estado Cristiano, mas se alían para abatir y martirizar a cualquier unidad de la minoría que, en este período de degradación y corrupción social, tenga la audacia de vivir conforme a tal Ideal.

En nuestro medio ambiente, ¿no conocemos quizá hombres y mujeres tan devotos? ¿No hemos seguido la carrera de ciertos individuos cuyas aspiraciones y caridad práctica recordaban al Cristo, aunque, acaso empleaban su intelecto y sus palabras para negarlo y retar a la iglesia? Por lo tanto, la sociedad intolerante y el clero insolente los excluyeron por años, persiguiéndolos hasta los límites legales. ¿Cuántas de estas víctimas han encontrado la justicia y el reconocimiento que se merecen? Después de haber realizado el trabajo más noble entre los desheredados durante años, adornando nuestra edad fría y convencional con su caridad altruista, suscitaron la bendición entre los ancianos y los jóvenes y el amor entre todos los que sufren. Sin embargo, los hipócritas religiosos, los fariseos y todo *el Mundo del Sanedrín de la Hipocresía*, aún siendo tan indignos que no alcanzan la altura de sus zapatos, los han recompensado detractándolos, denunciándolos, calumniándolos y difamándolos secretamente.

Por lo tanto, entre los numerosos ideales nobles que la sociedad moderna ha, prácticamente, pisoteado en el fango, ella trata de la peor forma a aquel que el mundo occidental considera el más elevado y el más grande de todos. La vida predicada en el Sermón del Monte y los mandamientos dejados a la Iglesia por su Maestro son, precisamente, esos ideales que en nuestros días más se han

envilecido. En realidad, los zapatos de los jueces de la casta de los hipócritas los pisotean, aunque velen el todo de *rosa*, ya que la hipocresía les prohíbe efectuarlo *abiertamente*, así los *embustes* sustituyeron dichos ideales [...]

El gran escándalo de la religión moderna como regla de vida es que: considerando a la sociedad en su totalidad de manera amplia, no provoca ninguna atención. Su fracaso no consiste en mostrar lo que se debería hacer, dejándolo luego incumplido, ya que aún las máximas de la iglesia están bien desde un punto de vista oral, sino que no ha logrado presentar, con ninguna fuerza adecuada, el *por qué* ésto o aquello debería ser un principio guía. En efecto, la iglesia moderna se ha degradado al nivel de una agencia práctica que gobierna las acciones de sus feligreses: los millones que se contentan con el epíteto de seguidores, sin embargo nunca sueñan con escuchar una palabra de lo que dice.

Sus exponentes, (ignorando blandamente cuán malvado es gran parte del resto) y totalmente conscientes que su mensaje es, *grosso modo*, *muy bueno*, piensan que las personas en general no son mejores de lo que son a causa de la perversidad de la humanidad. Nunca se percatan de que ellos mismos, el Estéril Monopolo de los vinos sociales, son los responsables directos por haber separado los buenos códigos morales que las religiones de todos los tiempos les otorgaron, de las sanciones fundamentales que una correcta apreciación de la verdadera ciencia espiritual les atribuiría. Han transformado la enseñanza divina: la Teosofía de todas las edades, en una caricatura bárbara, esperando que los ecos de loros de sus credos absurdos se transfiguren en un grito que atraiga las clases conspicuas a sus filas, un apelo que les despierte a la tarea sublime de espiritualizar su naturaleza. No aciertan a darse cuenta que el mandamiento de amarse los unos a los otros debe ser ineficaz en el caso de gente cuya concepción axial del futuro gira en torno a su suerte para sacar el número afortunado de la lotería de los electos o de rehuir el natural castigo que le correspondería en un momento feliz en el cual la mente divina se desequilibra al reflexionar en la belleza del sacrificio cristiano. En efecto, los maestros de la religión moderna han perdido el contacto con la sabiduría que subyace en sus doctrinas desvirtuadas, mientras los seguidores ciegos de estos guías ciegos se han enajenado de los principios elementales de la moralidad física que las iglesias continúan repitiendo por simple fuerza de costumbre, sin entender el propósito. En breve, los ministros religiosos del siglo diecinueve, han comido las uvas verdes de la ignorancia produciendo un sabor amargo en las desafortunadas bocas de sus niños [...]

Entre todos los hermosos ideales del pasado, los que se han considerado de manera brutal en esta edad de disimulación son: el verdadero sentimiento religioso que se manifiesta sólo en la adoración de lo bello espiritual y el amor de la mera verdad. La Hipocresía nos circunda por todos lados y Pollock describe a sus seguidores como hombres:

Que robaron la librea de la corte del cielo

Para servir al diablo en ella.

¡Oh, la indecible hipocresía de nuestra edad! Período en el cual cada cosa bajo el sol y la luna es objeto de compra y venta, mientras todo lo que es honesto, justo y noble se eleva como blanco para la burla pública, el sarcasmo y el escarnio. Edad en la cual la sociedad educada y gárrula concita contra todo individuo amante de la verdad y dedicado a expresarla intrépidamente, por ser un transgresor de

las tradiciones culturales según cuyas exigencias: ¡cada miembro debe aceptar eso en lo cual no cree, expresar lo que no piensa y mentirle a su alma! La edad en que la abierta búsqueda de cualquier gran ideal del pasado se considera como una excentricidad casi delirante o un embuste, mientras el repudio de la forma vacía: la letra muerta que mata y la preferencia hacia el Espíritu, “dispensador de vida”, se les denominan *infedelidades*, provocando entonces el grito: “¡Lapídadlo a muerte!” Tan pronto como se sacrifican los convencionalismos vacuos, fuente de recompensa y beneficio exclusivamente para el ser personal, en favor de una práctica realización de una gran idea humanitaria capaz de ayudar a las masas, se levanta un tumulto de indignación y de horror piadoso: las puertas de la sociedad a la moda se clausuran para el transgresor y las bocas dan rienda suelta a la denigración y al chisme para deshorrar su nombre.

Aún, diariamente nos proporcionan sermones santurriones acerca de las bendiciones y beneficios que la *civilización cristiana* otorga, cotejándolas con las maldiciones de los “paganos” y las supersticiones y horrores de la edad medioeval. La Inquisición, con sus hogueras de herejes y brujas; más sus numerosas torturas, es objeto de comparación con la *gran libertad del pensamiento moderno*, mientras la seguridad de la vida y la propiedad humana *actual* se sopesan con la inseguridad de los días de antaño. Se nos pregunta: “¿No fue, acaso, la civilización la que abolió la inquisición, otorgando al indigente la misma protección legal que proporciona al rico duque?” “No lo sabemos,” contestamos. La historia preferiría hacernos creer que la abolición de la inquisición se debe a Napoleón Primero, el Atila cuyas guerras inicuas expoliaron a Francia y a Europa de sus jóvenes más floridos, sin embargo, no lo hizo por el bien de la civilización; sino porque no estaba dispuesto a permitir que la iglesia quemara y torturara aquellos que podían servirle como carne de cañon. En lo que concierne a la segunda proposición del indigente y el duque, debemos verificarla antes de aceptar su veracidad. El desheredado, aunque tenga razón, difícilmente recibirá plena justicia; mientras que el duque sí. Además, en caso de que el primero sea impopular o un hereje, casi seguramente el veredicto de la justicia será invertido. Esto demuestra que si la iglesia y el estado *se portaban de manera no cristiana* entonces, hoy continúan *siendo tales y cuales* si no es que peores.

El verdadero cristianismo y la verdadera civilización deberían oponerse al homicidio, por lo legal que sea. Aún, en la última mitad de nuestro siglo a punto de terminar, se han sacrificado más vidas humanas que en sus primeros cincuenta años *gracias al proceso científico y a la civilización* que han acarreado el mejoramiento de sistemas y armas bélicas. “¡Civilización cristiana” auténtica! Tal vez civilización, pero ¿por qué “cristiana?” ¿Quizá el papa León XIII la personificó cuando, el día de la presentación del monumento a Giordano Bruno se clausuró en una agonía desesperada, definiéndolo un *día de ira* en la historia de la iglesia? ¿No podremos dirigirnos a la civilización pura y simple?” Según Burke: “En nuestro mundo europeo, nuestras maneras, nuestra civilización y todas las cosas buenas relacionadas con nuestros modales, han dependido, desde hace edades, de dos principios: el espíritu caballeroso y religioso.” Estamos dispuestos a examinar el carácter de la época valiéndonos de estos ideales. El único problema es que siempre ha resultado difícil discernir cual definición atribuir al término “caballero”, mientras, si se preguntara la definición de religión a cien personas, noventa y nueve contestarían evidenciando que la han confundido con la teología.

¿Debiéramos quizá buscar el verdadero cristianismo, la verdadera civilización y cultura en los tribunales modernos? ¡Ay! existen jueces en nuestros días acerca de los cuales su Señor (Karma) afirmaría : “Escuchad lo que un inicuo juez dice.” En efecto, actualmente, la voz de los fanáticos sentados en el trono de Salomón, juzgando como los inquisidores de antaño, a veces emite el decreto de la justicia. En nuestro siglo de civilización cristiana, los jueces, émulos de sus predecesores, los del tribunal de los hijos de Loyola, emplean los instrumentos de tortura *moral* más exquisitos con fin de insultar e inducir a la desesperación a un inerte demandante o a un acusado. Sus ayudantes en la empresa son los abogados que a menudo recuerdan al antiguo verdugo y los cuales, metafóricamente hablando, rompen los huesos del pobre infeliz que busca justicia o peor aún, denigran su buen nombre apuñalándolo en el corazón con las insinuaciones más viles, las falsas suposiciones urdidas para la ocasión, mientras la víctima sabe que, de ahora en adelante, se convertirán en *verdades actuales* en la boca abyecta de los detractores. Entre las difuntas torturas brutales de la inquisición anticristiana de la antigüedad y las torturas mentales más refinadas de su remedo anticristiano, sin embargo más civilizado: nuestro tribunal y sus truculentos examinadores, la palma de la “bondad” y de la caridad casi debería ir a la inquisición.

Por lo tanto, constatamos que cada ideal moral y espiritual antiguo se ha envilecido para que colinde con las concepciones moralmente bajas y antiespirituales del público. Brutalizados por una hambre psíquica que dura ya por generaciones, están dispuestos a servir a cada regenerador ideal y espiritual como alimento para los perros, mientras sus degradados prototipos que llamaremos, por antonomasia, el populacho romano bajo Nerón, Calígula y Heliogábalo, se aglomeran para ver las corridas de toros en París, donde los pobres caballos arrastran sus entrañas sangrientas a lo largo de la arena, las *Odaliscas* importadas bailan su repugnante *danza del vientre*, boxeadores blancos y negros se masacran a golpes reduciéndose a máscaras tumefactas, mientras los estrépitos alborotan la sala cuando los Sansones se desencadenan quebrando los eslabones, explayando sus músculos hinchados. ¿Por qué continuar sosteniendo la antigua farsa? ¿Por qué no cambiar la canción navideña en: “Gladiador nacido hoy.” O permutar el notorio himno de la manera siguiente:

“Gloria al Oro en lo supremo

Fricción y mala voluntad en la tierra para los hombres.”

En un mundo ilusorio en el cual opera la ley de evolución, nada puede ser más natural que la constante alteración de los ideales del Hombre entendido como una unidad del todo o la humanidad. Una parte de la Naturaleza que lo circunda es Proteica y siempre cambiante, cuyas partículas se transforman incesantemente, mientras el cuerpo armonioso permanece, en su integridad, siempre lo mismo, así el ser humano, análogamente a estas partículas, se encuentra en un continuo cambio físico, intelectual, moral y espiritual. En un momento se sitúa en el cenit del círculo de desarrollo, mientras en otro en el nadir. Por lo tanto, durante sus ascensos y descensos alternados, su naturaleza moral se expandirá o se contraerá de manera proporcional, a la par que una vez su código moral incorporará los ideales altruistas más nobles e inspirados y la otra vez la conciencia vigente será el reflejo del egoísmo,

de la brutalidad y de la deslealtad. Sin embargo, todo ésto se halla circunscrito sólo en el plano externo e ilusorio, pues en lo que concierne a la constitución interna o mejor dicho, *esencial*, el binomio naturaleza y ser humano es uno; ya que su esencia es idéntica. En los planos exteriores previamente mencionados, todo crece, se desarrolla y añora la perfección o es un “continuo llegar a ser”, según la correcta afirmación de un filósofo; sin embargo, en el sumo plano de la esencia espiritual todo Es; permaneciendo, entonces, inmutable. Por lo tanto, cada cosa y cada ser, está gravitando hacia este *Esse* eterno de manera paulatina y casi imperceptible, pero tan cierta como el universo de las estrellas y los mundos se dirigen rumbo a un punto misterioso que la astronomía conoce pero aún no lo ha denominado, mientras los ocultistas lo llaman el *Sol Espiritual* central.

Hasta la fecha, según las observaciones de casi toda edad histórica, entre la perfección práctica e ideal se interpone un amplio intervalo, casi una laguna. Aún, visto que de vez en cuando, ciertos grandes seres aparecieron en la tierra para enseñar a la humanidad a escrutar más allá del velo de la ilusión, el individuo aprendió que el abismo no era infranqueable y que corresponde a la humanidad llenar, más y más, la laguna durante cada ciclo futuro, valiéndose de sus razas más elevadas y espirituales; ya que cada ser, como unidad, tiene el poder de agregar su granito de arena para colmarla. Sí, aún existen personas que, no obstante la actual condición caótica del mundo moral y los tristes escombros de los mejores ideales humanos, continúan creyendo y enseñando que la perfección humana, ahora *ideal*, no es una químera; sino una ley de naturaleza divina y aunque la humanidad debiese esperar millones de años, llegará el día en que la alcanzará, convirtiéndose, nuevamente, en *una raza de dioses*.

Mientras tanto, hoy como en el pasado, presenciamos el periódico ascenso y descenso del carácter humano en los planos externos, mientras la percepción media de las personas es demasiado débil por ver que ambos procesos acontecen, cada vez, en un plano superior al precedente. Sin embargo, las masas ciegas imaginan que el hombre era, es y será, constantemente, lo mismo; ya que tales cambios no son siempre la labor de los siglos, sino que, a menudo, rápidas fuerzas activas efectúan extremas alteraciones: guerras, especulaciones, epidemias, la devastación del hambre o el fanatismo religioso. Para nuestros ojos de talpa, la humanidad es como nuestro globo: aparentemente estático. Aún, ambos se mueven en el espacio y en el tiempo con igual velocidad, a su alrededor y *adelante*.

Además, el ser humano, en cualquier extremidad de su evolución que se halle, desde el nacimiento de su conciencia era y aún es, el vehículo de un doble espíritu en él: el bien y el mal. Analógicamente a las dos gemelas de “Satán”, el gran poema póstumo de Victor Hugo, la progenie emitida, respectivamente, de la Luz y la Oscuridad, el ángel “Libertad”: “Isis-Lilith”, han escogido al ser humano como su residencia terrenal dándose batalla continua en él.

Las iglesias pregonan al mundo que “el hombre nació en el pecado” y la primera Epístola de Juan (iii, 8) añade: “Aquel que comete pecado pertenece al diablo, ya que éste pecó desde el principio.” Las personas que aún creen en la fábula de la costilla, de la manzana y en el ángel rebelde “Satán”, creen, ostensiblemente, en un Diablo personal, la antítesis, en una religión dualística, de un Dios personal. Nosotros, los teósofos de la escuela oriental, no creemos en ninguno de los dos. Aún, quizá nos dirijamos más allá que la hermenéutica literal bíblica, afirmando la inexistencia de dios y del diablo como Entidades *extracósmicas*, aunque ambos existen y su residencia terrenal es el ser humano, en

cuanto el hombre mismo, como ser físico, es, en verdad, el diablo, el verdadero vehículo del *mal*, mientras como entidad espiritual es dios o el *bien*. Por lo tanto, al decir a la humanidad: “tenéis el diablo”, implica enunciar una verdad tan metafísica como aquella endilgada a todos los seres humanos y encerrada en la frase: “¿No sabéis que dios mora en vosotros?” Ambas declaraciones son verídicas. Nos encontramos en el punto de transición del gran ciclo social y, actualmente, el primer aspecto predomina en la humanidad. Aún, parafraseando un texto paulino: “los diablos son muchos, pero Satán es uno.” Así, mientras tenemos una gran variedad de diablos que constituye, colectivamente, la humanidad, existe un número exiguo y quizá ningún carácter satánico tan grandioso como los que retrataron Milton, Byron y, recientemente, Victor Hugo. Por lo tanto, debido a tal mediocridad, los ideales humanos están cayendo sin que nada los suplante. Una vida prosaica espiritualmente muerta como la neblina londinense de Noviembre y tan viva de materialismo y vicios brutales, cuyos siete pecados capitales constituyen, simplemente, un fragmento, así como esa neblina rebosa de microbios mortales. Actualmente, es muy atípico discernir aspiraciones hacia el eterno ideal en el corazón humano, en lugar de ésto, cada pensamiento tiende hacia la única idea eje de nuestro siglo: el gran “Yo”, el *ser personal* que, para cada uno, es el axis alrededor del cual el Universo gira.

Cuando el emperador Julian, llamado el *Apostata* porque creyendo en los grandes ideales de sus predecesores, los Iniciados, no aceptaba sus formas humanas antropomorfizadas, vio por última vez a sus amados dioses, lloró. ¡Ay! no eran más los seres espirituales fulgentes que había adorado, sino las sombras decrepitas, pálidas y depauperadas de los dioses que tanto amó. Tal vez era la visión profética de los ideales como también de nuestro ciclo al punto de desdibujarse. Ahora la iglesia considera y llama a estos “dioses” *demonios*, mientras a aquel que ha preservado para ellos un amor poético que perdura, se le apoda de Anticristo y de Satán moderno.

Ahora bien, Satán es un término polifacético y nadie, jamás, ha dado aún una definición, ni siquiera aproximadamente lógica, de su significado simbólico. El primero en antropomorfizarlo fue John Milton, su verdadero padre putativo intelectual, en cuanto se reconoce ampliamente que el Satán *teológico* de la Caída es el “Hijo de la mente” del poeta ciego. Satán, desprovisto de sus atributos teológicos y dogmáticos, es simplemente un *adversario*; no necesariamente el “demonio principal” o un “perseguidor de los hombres,” sino posiblemente, también un enemigo del mal. Por lo tanto, puede convertirse en el Salvador de los oprimidos, un protector de los débiles y de los pobres, supeditados por los diablos menores (los seres humanos), los demonios de la avaricia, del egoísmo y de la hipocresía. Michelet lo define el “gran Desheredado”, llevándoselo a su corazón. En realidad, el Satán gigantesco del concepto poético es, simplemente, el conjunto de toda la intelectualidad noble e insatisfecha de la época. Sin embargo, Victor Hugo fue el primero en captar, intuitivamente, la verdad oculta. En efecto, en su poema de aquel tiempo, Satán es, realmente, una Entidad grandiosa, con una suficiente dosis de humanidad que le permite ser entendido por los intelectos medios. Comprender el Satán de Milton y de Byron, carentes de todo aspecto *humano*, equivale a aferrar la neblina diurna. El Satán de Milton lucha contra los ángeles que son una suerte de títeres volantes sin espontaneidad, que el hilo invisible de la predestinación teológica maniobra en el escenario del ser y de la acción. El Lucifer de Hugo libra un combate pavoroso contra sus terribles pasiones y después de las más aterrantes agonías, nunca concebidas ni transcritas por mente y mano humana, llega a ser, nuevamente, un Arcángel de la Luz.

Su esplendor eclipsa todos los demás ideales satánicos. El Mephisto de Goethe es un verdadero diablo teológico; el Ahriman de “Manfredo” de Byron es un carácter excesivamente sobrenatural y aún, Manfredo tiene poco en común con el elemento humano a pesar del genio grandioso de su creador. Sin embargo, el Satán de Hugo, cuyo amor es tan fuerte como su odio, eclipsa todas estas imágenes. Manfredo y Caín son las *Protestas* encarnadas de la individualidad sujeta, injuriada y perseguida, contra el “Mundo” y la “Sociedad”: esos grandes demonios y monstruos salvajes de la injusticia colectiva. Manfredo es el tipo dotado de voluntad indomable, orgulloso y refractario a entregarse a cualquier influencia terrenal o divina, colocando su plena y absoluta libertad de acción sobre cualquier sentimiento personal o consideración social, reputándola más elevada que la naturaleza y todo lo que incluye. Sin embargo, en el binomio Manfredo y Caín, el Ser, el “Yo,” ocupa siempre el lugar predominante y ambos carecen tanto de la chispa del amor omniredentor como del temor. Manfredo, tampoco se someterá al Espíritu universal del Mal y, sin arredrarse, mantiene su posición a solas, enfrentando a Ahriman y su sinnúmero de huestes de las Tinieblas, el oscuro oponente de Ahura Mazda: la Luz Universal. Estos tipos, siendo ideales *excesivamente sobrenaturales*, provocan en un individuo una intensa maravilla y su intrepidez, dispuesta a retarlo todo, induce a un estupor reverencial, sin embargo, no suscitan ningún sentimiento humano. Byron nunca pensó en avivar su Arcángel con la perenne chispa de amor que constituye, o mejor dicho, *debe* constituir, la esencia del “Primogénito” procedente de la esencia homogénea de la Armonía y de la Luz eternas; además es el elemento de la reconciliación perdonadora aún en, (según nuestra filosofía), su última progenie terrenal: la Humanidad. La discordia es el concomitante de la diferenciación y Satán, siendo una evolución, debe, en ese sentido, ser un adversario, un contraste, como es un tipo de materia Caótica. La esencia del amor no se puede apagar; sino sólo mistificar. Destituido de este poder salvador y redentor incorporado en Satán, él aparece simplemente como el absurdo fracaso de la imbecilidad omnipotente y omnisciente que los opositores del cristianismo teológico elaboran de manera burlona pero muy justamente. Mientras que, si posee dicho poder redentor, se convierte en una Entidad pensante, los *Asuras* de los mitos Puránicos, los primeros *alientos* de Brahma, el cual, después de haber luchado contra los dioses haciéndolos capitular, al final éstos experimentan una derrota y son lanzados a la tierra donde se encarnan en la Humanidad. Así, la Humanidad satánica llega a ser comprensible. Según la enseñanza de la filosofía oriental: después de haber superado su ciclo de obstáculos, acumulando experiencias durante las peripecias de la Humanidad, puede emerger nuevamente en la luz.

Si Hugo hubiese vivido lo suficiente a fin de terminar su poema, posiblemente, beneficiándose de un discernimiento interior fortalecido, hubiera podido cohesionar su concepto satánico con aquel de las razas arias según el cual: todos los poderes menores, buenos o malos, nacen al principio de cada “Edad Divina” y mueren al final de la misma. Visto que la naturaleza humana es siempre idéntica y la evolución sociológica, espiritual e intelectual procede paulatinamente, es muy probable que el próximo gran poeta, en lugar de aferrar sólo una mitad del ideal satánico, como en el caso de Hugo, pueda asirlo en su totalidad expresando, para su generación, la idea eterna de equilibrio Cósmico que la mitología aria enfatiza de manera muy noble. La primera mitad de ese ideal se acerca, suficientemente, al ideal humano, haciendo las torturas morales del Satán de Hugo enteramente comprensibles para el teósofo oriental. ¿Cuál es el tormento principal de este gran Anárquico Cósmico? Es la agonía moral causada por esta dualidad de la naturaleza: la disgregación del Espíritu del Mal y la Oposición del elemento perenne

del amor primordial en el Arcángel. Esa chispa de amor divino por la Luz y la Harmonía, que ningún Odio puede completamente sofocar, le provoca una tortura mucho más insoportable que su Caída y destierro debido a la protesta y Rebelión. Esta chispa fulgente y divina, que resplandece de Satán en las tinieblas oscuras de su reino de la noche moral, lo hace visible al lector intuitivo. Indujo a Victor Hugo a retratarlo mientras lloraba, víctima de una desesperación sobrehumana y cada sollozo poderoso sacudía la tierra de polo a polo. Al principio, son lágrimas de una cólera frustrada, debido a la incapacidad de extirpar, de su naturaleza, el amor hacia la Bondad (Dios) divina, después se transmutan en un gemido de desesperación por ser separado de ese amor divino que tanto añora. Todo ésto es intensamente humano. Dicha desesperación abismal es la salvación de Satán. En su *Caída* se desprende una pluma de su ala blanca y en un tiempo inmaculada que un rayo de refulgencia divina ilumina, transformándola en un Ser resplandeciente, el Angel Libertad. Es la hija de Satán, la niña de Dios y del Arcángel Caído, la progenie del Bien y del Mal, de la Luz y de las Tinieblas y Dios reconoce esta común “paternidad sublime” que los une. Es la hija de Satán que lo salvará. Cuando, sintiéndose odiado por la Luz, su desesperación alcanza el apogeo, oye las palabras divinas: “No, no te odio.” La Voz dice: “Entre nosotros se interpone un ángel y sus hazañas te beneficiarán. El hombre que tú vinculaste, ahora ella lo libera.”

Oh Satán, ahora puedes decir: ¡viviré!

He aquí; el Angel Libertad es la hija tuya y mía

¡Esta paternidad sublime nos une! [...]

Este concepto, en su totalidad, es la flor de la idealidad metafísica. Ahora como en el pasado, el blanco loto del pensamiento germina de la podredumbre del mundo material, generando la *Protesta* y la Libertad. Está floreciendo en nuestro medio ambiente y bajo nuestra vista, del lodo de la civilización moderna, terreno fecundo de virtudes antitéticas. En este tremedal despuntaron los germenos que al final se desarrollaron en ateos, nihilistas, anárquicos, terroristas y personas dispuestas a protestar y negar todo. Aunque algunos de ellos son criminales protervos y violentos, ninguno puede erigirse como copia de Satán; sin embargo, considerando en su colectividad este segmento de humanidad angustiada, desesperanzada y exacerbada, será el mismo Satán; ya que él es la síntesis de todas las fuerzas antitéticas, mientras cada vicio o pasión humano separado es simplemente un átomo de su totalidad. A pesar del conjunto de negaciones, en las reconditeces del corazón de esta totalidad Satánica *Humana*, arde la chispa divina cuyo nombre es *Amor por la Humanidad*, una aspiración ferviente hacia un reino universal de Justicia y por lo tanto, un deseo latente hacia la justicia, la armonía y la bondad. ¿Dónde encontramos tal chispa entre las personas orgullosas y ricas? En la sociedad respetable y en el segmento ortodoxo y correcto, la llamada porción religiosa de público, se discierne sólo un sentimiento de egoísmo prevaleciente y un deseo de enriquecerse en detrimento de los débiles y los desheredados al cual le corresponde la indiferencia hacia la injusticia y el mal. Antes de que Satán, la Protesta encarnada, se arrepienta y se reuna con su compañera la humanidad, en una Fraternidad común, toda causa de protesta debe haber desaparecido de la tierra. Esto va ser posible sólo cuando la codicia y el prejuicio se diluyan en la nada frente a los elementos del altruismo y de la justicia para todos. Ahora, en el globo civilizado, Libertad es simplemente un término vano, un simple sinónimo perspicazmente empleado para supeditar a la gente en nombre de la gente, existiendo para las castas pero nunca para las

unidades. A fin de realizar el reino de la Libertad según la contemplación del Satán de Hugo, el “Angel Libertad” debe nacer, simultáneamente, del amor común y del consenso de la casta rica “superior” y de las clases “inferiores”: los pobres; convirtiéndose, en otras palabras, en la progenie de “Dios” y de “Satán”, conciliando, entonces, los dos.

Sin embargo, por el momento, ésta es una Utopía, cuya realización no es viable antes de la desaparición de las castas de los modernos *Levitas* y de su teología: los frutos del Mar Muerto de la Espiritualidad y antes de la declaración que los sacerdotes futuros pronunciarán frente de todo el Mundo en las palabras de *su* “Dios”:

Borro la noche siniestra y nada permanece,

Satán ha muerto, vuelve a renacer ¡Oh Lucifer Celestial!

## Civilización, la Muerte del Arte y de la Belleza

**E**n una entrevista al encomiado violinista húngaro, M. Remenyi, el periodista de “Pall Mall Gazette” transcribe la narración del artista concerniente a algunas experiencias interesantes que tuvo en el Lejano Oriente. Según su relato: “Fui el primer artista europeo que jamás tocó en presencia del Micado de Japón”. Sin embargo, el violinista, remitiéndose a lo que siempre ha sido artículo de profunda pena para todo amante de lo artístico y de lo pintoresco, agrega:

El 8 de Agosto de 1886, me presenté frente de Su Majestad, desafortunadamente, un día memorable por el cambio de vestuario dispuesto por la Emperatriz. En esa jornada, ella misma, abandonando la exquisita belleza de los ropajes femeninos japoneses, apareció, por primera vez en mi concierto, en un vestido europeo y al verla, mi corazón sufrió. Si hubiese sido impávido, la hubiera acogido con un gran gemido desesperado entonado por mi violín itinerante. Seis damas la acompañaban, caminando con infinita gracia y encanto, ataviadas con vestidos autóctonos.

¡Ay! ¡Sin embargo, esto no es todo! Veamos lo que dice del Micado, este personaje hasta la fecha sagrado, misterioso, invisible e inalcanzable.

¡El mismo Micado traía puesto el uniforme de un general europeo! En aquel período, la etiqueta de corte era tan severa, que me informaron, anticipadamente, que no se podía permitir la entrada a la sala de su Majestad a mi acompañante. Tuve un buen *sucedáneo* en mi embajador, Conde Zalusky, el cual, habiendo sido un discípulo de Liszt, podía acompañarme. Usted se quedará estupefacto cuando le diga que, habiendo escogido, como primera pieza en el programa, mi transcripción para violín en C agudo menor polonesa por Chopin, un segmento musical de sumo valor intrínseco y de reconditeces poéticas, el Emperador, una vez terminada la composición, indicó al Conde Ito, su primer ministro, que se repitiera. El gusto de los japoneses es impecable. Me cobijaron de regalos cuyo valor es incomensurable, es suficiente decir que uno de ellos era un estuche bornizado de oro del siglo diecisiete. Toqué en Hong Kong y en las *afueras* de Cantón; ya que no se le permite a ningún europeo vivir en el interior. Ahí emprendí una interesante excursión a la posesión portuguesa de Macao visitando la cueva donde Camoëns escribió su “Lusiad.” Fue interesante notar que en la periferia de la ciudad china de Macao, se perfilaba una ciudad europea portuguesa que hasta la fecha se ha conservado intacta desde el siglo dieciséis. En el medio de la exquisita vegetación tropical de Java y no obstante el calor asfixiante, ejecuté 62 conciertos en 67 días, viajando por toda la isla, observando sus antigüedades: la principal de las cuales es un templo budista muy hermoso, el Boro Budhur o los Muchos Budas. Este edificio contiene tantas imágenes que se extienden por seis millas y es un sólido bloque de piedra más amplio que las pirámides. Los habitantes de Java cuentan con una orquesta extraordinariamente melodiosa en el Samelang nacional, la cual consiste de 18 instrumentos de percusión tocados por 18 personas. Sin embargo, a fin de oír esta orquesta con su más atípico coro oriental y danzas extáticas, se debe tener el privilegio de ser invitado por el Sultán de Solo, “el Único Emperador del Mundo.” No he visto ni oído nada más maravilloso y poético que las Serimpis danzadas por nueve princesas reales.

¿Dónde están los estetas de hace algunos años? ¿O esta pequeña confederación de amantes del arte era únicamente una de las burbujas de jabón de nuestro fin de siglo, imbuída de promesas y sugerencias de muchas posibilidades, pero muerta en lo que concierne a las obras y a la acción? O si entre ellos, aún

existen algunos verdaderos amantes del arte, por qué no se organizan enviando misioneros por todo el mundo a fin de asesorar, al Japón pintoresco y a otros países en víspera de caer víctimas, que emular la cultura y la fascinación aleatorias europeas, implica el suicidio para una tierra no cristiana. Quiere decir el sacrificio de la propia individualidad por un boato de sombras vacuas y, en la mejor de las hipótesis, es trocar el original y el pintoresco por el vulgar y el repugnante. En realidad, ha sonado la hora de que se tomen algunas medidas en esta dirección antes de que la civilización mistificadora de las naciones engreídas más recientes, haya irrecuperablemente hipnotizado las razas más antiguas haciéndolas sucumbir mediante las estratagemas de sus árboles upas y su presunta superioridad. De otra manera, muy pronto desaparecerán las artes de antaño, las creaciones primorosas y cualquier cosa original y única en su género. Ya están evaporándose los vestidos nacionales, los hábitos seculares y todo lo que es bello, primoroso y que vale la pena preservar. ¡Ay! quizá muy pronto las mejores reliquias pretéritas se puedan únicamente encontrar en los museos, en tristes ejemplares preservados en vitrinas.

Esta es la obra y el resultado inevitable de nuestra moderna civilización. En realidad, sus efectos visibles son superficiales, bajo la forma de “bendiciones” que presuntamente ha otorgado al mundo, mientras sus raíces están podridas hasta el meollo. Su progreso ha suscitado el egoísmo y el materialismo, las dos más grandes maldiciones de las naciones y además, el materialismo, muy seguramente conducirá a la aniquilación del arte y de la apreciación de lo que es verdaderamente armonioso y bello. Hasta la fecha, el materialismo se ha simplemente encauzado hacia una tendencia universal a la unificación en el plano material y a una diversidad correspondiente en aquel del pensamiento y del espíritu. Esta tendencia universal induce a la humanidad a aspirar o más bien, a gravitar en el nivel más ínfimo de todos: el plano de la vacua apariencia. A fin de realizar ésto, se vale de la ambición y de la codicia egoísta de la gente, fomentándola en una incesante búsqueda para alcanzar la riqueza y el obtenimiento, a *cualquier precio*, de las presuntas bendiciones de esta vida. El materialismo y la indiferencia hacia todo, exceptuando la realización egoísta de acumular riqueza y poder y una profusa inoculación de la vanidad nacional y personal, han, gradualmente, conducido a las naciones y a los seres humanos casi al completo olvido de los ideales espirituales, del amor por la naturaleza y de la correcta apreciación de las cosas. Nuestra civilización occidental, análogamente a una lepra horrible, ha contaminado todas las partes del globo, endureciendo el corazón humano. Su pretexto inveraz y mistificador es: “la salvación del Alma.” Cuando en realidad, el verdadero propósito es la codicia para recabar una pingüe ganancia vendiendo opio, ron y difundir los vicios europeos. En el Extremo Oriente ha infectado a las clases altas de los “paganos” con el espíritu de emulación, excepción hecha por China, cuyo conservadurismo nacional se merece nuestro respeto. Mientras en Europa ha establecido la *moda* jaún entre el proletariado escuálido y hambriento! En los últimos treinta años, parece que un espíritu malvado dispuesto a tentar a la humanidad, haya contemplado una reversión aparente y engañadora hacia el tipo ancestral, que la teoría darwiniana asignó a la humanidad en sus características morales y físicas, pues, casi toda raza y nación bajo el sol en Asia, se ha desenfrenado en su paroxismo por emular a Europa. Si a ésto le agregamos un conato frenético por la completa destrucción de la naturaleza y de todo vestigio de las civilizaciones antiguas que nos superaban en las artes, la piedad y la apreciación de lo grandioso y de lo armonioso, es obvio que resulten estas calamidades nacionales. Por lo tanto, actualmente, notamos que el Japón artístico y pintoresco sucumbe

a la tentación de justificar la “teoría del mono”; ya que su población emula, de manera simiesca, a la artificial Europa conduciendo el país al mismo nivel de codicia e hipocresía de esta última.

Desde luego, Europa es, ciertamente, todo lo antedicho. Es hipócrita y mistificadora a partir de sus diplomáticos hasta los custodios de la religión, desde sus leyes políticas hasta aquellas sociales. Su codicia y brutalidad trascienden cualquier expresión en sus características injerentes. Aún, existen personas que se maravillan del degrado paulatino del verdadero arte, ¡cómo si éste pudiese subsistir desprovisto de imaginación, fantasía y una justa apreciación de lo bello en la naturaleza o sin poesía y elevadas aspiraciones religiosas y por lo tanto, metafísicas! Según se dice, cada año las galerías de cuadros y esculturas disminuyen en calidad y aumentan en cantidad. La gente se queja que, mientras existe una profusa producción ordinaria, prevalece una gran escasez de cuadros y estatuas notables. ¿No es ésto atribuible, ostensiblemente, a los hechos de que: (a) muy pronto los artistas se beneficiarán de modelos no mejores que la *naturaleza muerta* como fuente de inspiración y (b) que el interés eje no es la creación de objetos artísticos, sino sus rápidas ventas y ganancias. Bajo estas condiciones, la caída del verdadero arte es simplemente una consecuencia natural.

La marcha triunfal y la invasión de la civilización sacrifican el trinomio naturaleza, ser humano y éticas, convirtiendo rápidamente la primera en artificial. Los climas están cambiando y muy pronto la superficie de todo el globo terráqueo se alterará. Bajo las manos asesinas de los pioneros de la civilización, la completa destrucción de forestas primordiales está causando el secamiento de los ríos. La apertura del canal de Suez ha cambiado el clima de Egipto, mientras el canal de Panamá desviará el curso de la Corriente del Golfo. Los países tropicales casi están llegando a tener un clima frío y llovisoso, mientras sobre las tierras fértiles se cierne la amenaza que se transformen en desiertos arenosos. En algunos años, en un radio de cincuenta millas alrededor de nuestras metrópolis, no permanecerá un solo sitio rural que la especulación vulgar no haya violado. Diariamente, lo grotesco y lo artificial suplantán el panorama pintoresco y natural. Escasos son los paisajes de la hermosa naturaleza inglesa que no se hayan desvirtuado con publicidad de jabón y otros productos. El humo, los olores de las untuosas máquinas del tren y los efluvios mefíticos del gin, del whiskey y de la cerbeza, están contaminando el aire cristalino del campo. Una vez que todo lugar natural del paisaje circunstante haya desaparecido y la vista del pintor se encuentre circunscrita sólo a los productos artificiales y horribles de la especulación moderna, al gusto artístico se le deparará el mismo destino: desaparecerá con el panorama natural.

Ruskin, hablando del arte dice: “Ningún ser jamás trabajó ni trabajará bien si no acude a la vista efectiva o a la vista de la fe.” Por lo tanto, los primeros veinticinco años del próximo siglo, presenciarán a paisajistas que nunca vieron un acre de tierra libre del mejoramiento humano. Mientras en el caso de los retratistas, sus ideas acerca de la belleza femenina estribarán en mujeres con cinturas en forma de avispa, comprimidas en corsé, sin senos y tísicas. Seguramente, estas modelos no son las musas que inspiraron un cuadro que Horacio define: “un poema sin palabras.” Las parisienses y las londinenses cokneys que emulan a las mujeres del campo italianas o las beduinas arabes, jamás podrán sustituir el artículo genuino. Además, gracias a la “civilización”, tanto las beduinas como las campesinas italianas, están rápidamente convirtiéndose en cosas obsoletas. En el próximo siglo, ¿dónde encontrarán, los artistas, modelos genuinas, cuando los abrigos y los sombreros europeos adornen los conjuntos de nomadas libres del desierto y quizá todas las tribus africanas o lo que permanecerá de ellas después del

masacre efectuado por los canones, el ron y el opio del civilizador cristiano? Por lo tanto, es evidente que ésto es lo que precisamente se depara para el arte bajo el progreso beneficioso de la civilización moderna.

¡Ay! Ufanémonos de las bendiciones de la civilización de todos modos. Pavoneémonos de nuestras ciencias y de los grandes descubrimientos de la edad, sus logros en las artes mecánicas, sus ferrocarriles, sus teléfonos y baterías eléctricas. Sin embargo, no olvidémos adquirir, pagando precios exorbitantes, los cuadros y las estatuas primorosos de los bárbaros incivilizados de la antigüedad y del medioevo, ya que jamás se volverán a reproducir. La civilización ha alcanzado su hora final. Se ha asestado el golpe mortal a las artes antiguas y la última década de nuestro siglo está ensamblando el mundo al funeral de todo lo que era grandioso, genuino y original en las civilizaciones de antaño. Oh amantes del arte, ¿Hubiera Rafael creado una sólo de sus numerosas Madonnas si hubiese tenido, como fuente de inspiración para su genio, sólo los modelos actuales o las Virgenes en los rincones de la Italia moderna en crinolinas y botas con tacones altos, en lugar de la Fornarina y de las mujeres voluptuosas como Juno de la zona Trastevere de Roma? O Andrea del Sarto ¿hubiera producido su famosa “Venus y Cupido” inspirándose en una chica de la clase trabajadora del West End londinense, una de las últimas víctimas de la moda que, bajo la sombra de un gigantesco sombrero a la mosquetera lleno de plumas como la cabeza de un jefe indio, se guarece una mocosa granujienta de los barrios pobres? Y Ticiano ¿cómo hubiera podido inmortalizar a las damas venecianas de las clases patricias con la cabellera áurea, si hubiese sido constrañido a moverse por toda su vida en la sociedad de nuestras “bellezas profesionales” actuales, las cuales, tiñéndose el cabello color paja, lo transforman en el pelo de un gato de Angora? No sería una hipóbole impávida afirmar, con la máxima confianza, que jamás el mundo hubiera tenido la Atena Limnia de Phidias, aquel ideal de la belleza en *cara y forma*, si Aspasia, la Milese, o las hermosas hijas de Hella, ya sea en los días de Pericles o en otros, hubiesen desfigurado esa “forma” con almohadilla y cubierto la “cara” con polvo blanco, siguiendo la moda de las momias de los difuntos egipcios.

Lo mismo se nota en la arquitectura. Ni siquiera el genio de Miguel Angel hubiera podido evitar el golpe mortal asestado por la vista de la Torre Eiffel o el Albert Hall, o el aún más horrible Albert Memorial. Al mismo tiempo, ¡tampoco la actual condición de *degrado y de restaura*o del Coliseo y del Palacio de los Cesares, hubiera podido inspirarle ideas sugestivas! En nuestros días de civilización, ¿a dónde podríamos ir para encontrar lo natural o simplemente lo pintoresco? ¿Todavía a Italia, Suiza o España? La bahía de Napoles, gracias a ese espíritu de emulación que ha infectado al globo terráqueo, ha perdido sus características más primorosas y originales, aún cuando sus aguas fuesen tan azules y transparentes como en el día en que la gente de Cuma eligió su ribera para afincar una colonia y sus panoramas circunstantes fuesen gloriosamente hermosos como siempre. Está desprovista de sus languidas, escuálidas, sin embargo intensamente pintorescas, figuras de antaño. Carece de sus lazzaroni y barcaioli, sus pescadores y campesinas. Hoy, en lugar del gorro Phrigio antiguo, rojo y azul y las siluetas estatuarias de las campesinas semidesnudas en andrajos poéticos, vemos solamente las caricaturas de la civilización y de la moda moderna. El sonido de la alegre *tarantella* no reverbera más en las arenas frescas iluminadas por la luna, en su lugar tenemos la cuadrilla moderna en los restaurantes con luz de gas e imbuídos con un mordiente olor a licor de enebro. La inmundicia aún llena

la ciudad como en el pasado; pero resulta ser más evidente en el abrigo gastado y en el gorro un tiempo en boga y ahora pasado de moda, que los napolitanos, un tiempo pintorescos, han recuperado en las zanjias de los hoteles para adornar sus cabezas despeinadas. Los caracteres pintorescos han desaparecido y no existe nada que distinga al *lazzarone* napolitano del *gondoliere* veneciano, del bandido calabrese o del basurero y del desamparado londinense. Las aguas inmóviles e iluminadas por el sol del *Canal Grande* no acogen más sus góndolas que durante los días festivos se atestaban de venecianos vestidos alegremente, con barqueros y chicas pintorescos. La góndola negra, que silenciosamente se desliza por las aguas bajo los balcones bien entallados de los antiguos palacios patricios, en lugar de ser como aquella de hace treinta años, ahora se asemeja a un ataúd flotante con un remero austero vestido de negro que, remando, la conduce hacia la Estigia. Venecia tiene un aspecto más melancólico ahora que cuando se encontraba bajo el yugo de los austríacos de los cuales Napoleón III la liberó. Una vez en tierra firme, es difícil distinguir entre el *gondoliere* y su pasajero, un parlamentario británico que transcurre sus vacaciones en la antigua ciudad de los Duques. Esta es la mano homogeneizadora de la civilización omniarrazadora.

Lo mismo acontece en el resto de Europa. Consideremos a Suiza. Hace diez años, cada Cantón tenía su vestido nacional tan limpio y fresco como era particular. Hoy, a la gente le ruboriza ponerselo. Quieren que se les confunda con los turistas extranjeros para que se les considere una nación civilizada que sigue hasta la moda. Pasemos a España. En el país del Cid, entre todas las reliquias antiguas, permanece sólo el mordiente aroma del aceite de oliva y del ajo como recordatorios de la poesía de antaño. La linda mantilla ha casi desaparecido. El orgulloso desamparado hidalgo ha dejado los rincones de las calles. Las serenatas nocturnas de los Romeos enamorados han pasado de moda y la dueña contempla el dedicarse a los derechos de las mujeres. Los miembros de la Asociación "Pureza Social" darán gracias a "Dios" por ésto, achacando el cambio a las reformas cristianas y morales de la civilización. Sin embargo, la moralidad española ¿ha ganado algún beneficio al desaparecer los enamorados y las dueñas nocturnas? Tenemos todo el derecho en decir que no. Un Don Juan *fuera* de casa es menos peligroso que uno *dentro* de casa. En España, la inmoralidad está medrando como siempre, si no más y debe ser así especialmente cuando, aún la revista "Harper's Guide Book" menciona: "En todas las clases, particularmente la alta, la moralidad se encuentra en un estado de degrado. Los velos se hacen a un lado, las serenatas escasean, sin embargo la galantería y la trama son tan profusas como siempre. Los hombres casi ignoran sus obligaciones matrimoniales y las mujeres son víctimas condescendientes de una galantería descarada." (España, "Madrid" página 678). En ésto, España es equiparable a todos los demás países civilizados o que están civilizándose y seguramente su condición no es peor que la de muchas otras naciones que podríamos nominar. Sin embargo, es posible afirmar que, en verdad, cuanto ha perdido en poesía a través de la civilización, lo ha ganado en hipocresía y en una moralidad libertina. El *Cortejo* se ha convertido en el *petit crevé*, las castañuelas están silenciosas porque, acaso, el ruido de las botellas de champán que se abren, proporciona más excitación a la nación en su rápido proceso de civilización. Las Andalusas con la epidermis color oliva, al usar los cosméticos y el polvo para la cara parecen que hayan sido sepultadas con Alfred de Musset.

En realidad, los dioses han sido propicios con Alhambra, permitiéndole quemarse antes de que las orgias de embriagados desvirtuaran su casta belleza morisca, como acontece con los templos entallados

en piedra en la India y con las pirámides. Esta maravillosa reliquia arábica había ya sido víctima del mejoramiento cristiano. Según la tradición y la historia de Granada, los monjes de Fernando e Isabela convirtieron Alhambra, “el palacio con flores petrificadas cuya matiz parecía a las alas seráficas,” en una mefítica cárcel para ladrones y asesinos. Los especuladores modernos habrían hecho peor: contaminando con publicidad sus paredes y sus cielos taraceados de perlas, las hermosas doraduras, los estucos, los descomunales arabescos, las esculturas marmóreas, después de que los Inquisidores habían, ya una vez, cubierto el edificio con jalbegue y permitido a los guardianes de la cárcel el uso de los vestíbulos de Alhambra para sus asnos y vacas. No cabe duda que, en este nivel de civilización moderna, el paroxismo de los madrileños para emular a los franceses y a los ingleses debe haber infectado toda provincia española y por lo tanto, podemos considerar muerto a este hermoso país. Un amigo presencié fiestas en las cuales los “aperitivos” se vertían cerca de la fuente marmórea de Alhambra, sobre las manchas de sangre dejadas por los desafortunados Abanceragos matados por Boabdil, mientras en la Corte de los Leones, un grupo de obreras y soldados de Granada, ejecutaron un genuino *cancán* parisiense.

Sin embargo, éstos son simplemente signos anodinos del tiempo y de la difusión de la *cultura* entre las clases media y baja. Cada vez que el espíritu de emulación se apodera del corazón de una nación: las pobres clases obreras, el elemento nacional desaparece y el país está a punto de perder su individualidad y todas las cosas empeoran. ¡De qué sirve hablar con voz estentórea de los “beneficios de la civilización *Cristiana*”, por haber edulcorado la moral pública, refinado los hábitos y los modales, etc., etc., cuando nuestra civilización ha alcanzado todo lo contrario! Según Burke, la civilización dependió por años de “dos principios [...] el espíritu caballeroso y el espíritu religioso.” ¿Cuántos verdaderos *caballeros* hemos dejado si los comparamos, aún, con los días de la caballería semibárbara? La religión se ha convertido en hipocresía mientras actualmente, al espíritu religioso se le considera como disparate. Según se alega: la civilización “ha aniquilado el bandidaje, establecido la seguridad pública, elevado la moralidad y construido ferrocarriles que ahora constelan la superficie del globo.” ¿Verdaderamente? Analicemos, seria e imparcialmente, todos estos “beneficios” y pronto constataremos que la civilización no ha realizado nada del género. En la mejor de las hipótesis, ha colocado una nariz postiza sobre todo mal del Pasado, agregando la hipocresía y la falsa pretensión a la fealdad natural de cada uno. Si es verdadero que en algunos centros europeos civilizados, véase la perifería romana, el Bois de Boulogne parisiense o el Hampstead Heath inglés, se han liquidado a los bandidos de los itinerarios más traficados, es también una realidad que el robo ha desaparecido sólo como especialidad; ya que éste se ha convertido en una ocupación común en cada ciudad grande o pequeña. El ladrón y el degollador han simplemente cambiado su vestido y apariencia, ataviándose con la livrea de la civilización, el feo ropaje moderno. Actualmente, en lugar de ser víctimas de un robo bajo la frondosa capa de la selva y la protección de la oscuridad, a la gente se le desvalija bajo la luz eléctrica de los bares, la protección de las leyes comerciales y las regulaciones policíacas. En lo que concierne al bandolerismo a la luz del día, la *Mafia* de New Orleans y la *Mala Vita* siciliana, obligan a los altos oficiales, a la población, a la policía y a los jurados a seguirle el juego a las bandas regularmente

organizadas de asesinos, ladrones y tiranos,<sup>2</sup> en la rutilante “cultura” europea. Esto muestra cuán lejos nuestra civilización haya logrado establecer la seguridad pública o la religión cristiana haya ablandado los corazones de los seres humanos, los modales y las costumbres del pasado bárbaro. A las modernas enciclopedias les encanta extenderse sobre el decaimiento de Roma y sus horrores *paganos*. Sin embargo, si las más recientes ediciones del “Diccionario de la Biografía Griega y Romana” fuesen suficientemente honestas en delinear un paralelo entre esos “monstruos de depravación” de la antigua civilización: Messalina, Faustina, Nerón, Commodo y la aristocracia moderna europea, discerniríamos que ésta última puede enseñar algo a los primeros, al menos en lo que atañe a la hipocresía social. Entre la “desvergonzada y bestial disolución” del Emperador Commodo y la depravación igualmente bestial de más que un “Honorable” alto oficial representante del pueblo, la única diferencia significativa es la siguiente: mientras Commodo era un miembro de todos los colegios sacerdotales del paganismo, el libertino moderno puede ser un alto feligrés de las iglesias cristianas evangélicas, un encomiado y piadoso discípulo de Moody, Sankey y así sucesivamente. El Calchas de la opereta “La Bella Helena”, no es el personaje Homérico; sino el moderno Pecksniff sacerdotal y sus seguidores.

En lo que concierne a los ferrocarriles y a la “aniquilación del espacio y del tiempo,” no se ha aún pronunciado la última palabra si éstos no matan más personas en un mes que las que los bandoleros europeos solían eliminar en un año; por no hablar de la miseria y del hambre que la introducción de las máquinas a vapor y cualquier otro tipo de mecanización, ha causado a aquellos que, por años, dependían de su labor manual. Además, las víctimas de las vías férreas fallecen bajo circunstancias cuyo horror trasciende cualquier escenario que el degollador hubiese ideado. Casi diariamente, se lee de desastres ferroviarios en los cuales docenas de personas mueren “quemadas vivas en los restos incandescentes, mutiladas y aplastadas de manera irreconocible.”<sup>3</sup> Esto es, indudablemente, peor que los viejos bandoleros de Newgate.

Al mismo tiempo, la propagación de la civilización no ha debelado el crimen para nada, en cambio, debido al progreso científico en la química y en la física, es más difícil detectarlo y su realización es mucho más devastante ahora que jamás en el pasado. Si se habla de la civilización cristiana como el factor determinante en el mejoramiento de la moralidad, siendo la única religión ¡qué ha establecido y reconocido la Hermandad Universal! será suficiente observar los sentimientos fraternos que los cristianos americanos demuestran hacia las poblaciones autóctonas y los negros, cuya *ciudadanía* es la farsa de la era. Considerad el amor del anglo-indiano para el “manso hindú”, el musulmán y el budista. Mirad “como estos cristianos se aman los unos a los otros” en sus incesantes disputas legales, las calumnias y el odio recíproco de las iglesias y de las sectas. La civilización moderna y el cristianismo son el aceite y el agua: nunca se entreverarán. Las naciones que diariamente son el teatro de los crímenes

---

<sup>2</sup> Consúltese “El Paraíso Del Degollador” en la revista “Edinburgh Review” de Abril 1877 y su resumen en “Pall Mall Gazette” de 15 de Abril 1891: “El Homicidio Como Profesión.”)

<sup>3</sup> Por ejemplo, he aquí un telegrama Reuter de América, donde tales accidentes acontecen casi diariamente, el cual menciona los pormenores de un desastre ferroviario: “Uno de los vagones enganchado a un tren que transportaba cascajo con cinco obreros italianos a bordo, fue catapultado al centro de los restos y el todo se incendió. Dos de los hombres murieron en el impacto, mientras los tres restantes, aprisionados en los pecios, estaban heridos. Cuando las llamas los alcanzaron, sus gritos y gemidos eran desconsoladores. Debido a la posición del vagón y el calor intenso, los rescatadores no pudieron salvarlos y fueron forzados verlos morir lentamente, mientras las llamas los devoraban. Según consta, todas las víctimas dejan familias.”

más horrendos, no tienen ningún derecho a engreirse de su civilización; ya que se regocijan en leer las historias de los varios Tropmanns, Jack los destripadores y los caracteres más maléficos como la señora Reeves, la figura axial en el comercio de la matanza de niños, que se cree haya alcanzado las 300 víctimas, simplemente por motivos de lucro. Estas son naciones que no sólo permiten; sino que fomentan a un Monaco con sus huestes de suicidas, patrocinan el boxeo y las corridas de toros, deportes inútiles y crueles y hasta la vivisección indiscriminada. Además, siendo naciones que por motivaciones políticas no se atreven a abolir el comercio de esclavos de *una vez por todas* y embulladas por la codicia y el lucro, titubean en abrogar el tráfico de opio y whisky, prosperando sobre la miseria y el degrado indecible de millones de seres humanos, no tienen ningún derecho en llamarse ya sea cristianas o civilizadas. En fin, una civilización que conduce únicamente a la destrucción de todo sentimiento noble y artístico en el ser humano, se merece solamente el epíteto de bárbara. Nosotros, los europeos modernos, somos vándalos tan grandes como Atila y sus hordas salvajes y quizá peores.

*Consummatum est.* Esta es la obra de nuestra moderna civilización cristiana y sus efectos directos. Difícilmente se podrá pretender mostrar respeto y agradecimiento a la destructora del arte, el Shylock quien, por cada fragmento de oro que entrega, exige y recibe, a cambio, una libra de carne humana en la sangre del corazón y en el sufrimiento físico y mental de las masas, en la pérdida de todo lo que es verdadero y amable. En pocas palabras, el fin de siglo inconscientemente profético, es el fin de ciclo que se vaticinó hace mucho tiempo cuando, según dice el “Manjunâtha Sutra”: “La Justicia habrá muerto dejando como su epígona a la Ley ciega y como su Gurú y guía al *Egoísmo*. Período en que las cosas y las acciones nocivas se considerarán meritorias, mientras los actos sagrados insensateces.” Las creencias están extinguiéndose, la vida divina es artículo de burla. Diariamente, el arte y el genio, la verdad y la justicia, se inmolan sobre el insaciable altar de la era: el dinero y el lucro. Por todas partes, lo artificial reemplaza lo real, lo falso sustituye lo verdadero. En la superficie de la madre naturaleza no se ha dejado, en su forma prístina, ni un valle soleado y ni un jardín sombreado. Aún ¡cuál fuente marmórea en una plaza a la moda o en un parque urbano, cuáles leones bronceados o estatuas de delfines con sus colas hacia arriba, pueden equipararse con un antiguo pozo agreste corroído por los gusanos y el tiempo y cubierto por el musgo, o un molino rural en un campo verde! ¿Cuál Arco de Triunfo podrá jamás compararse con el arco bajo de la Cueva Azul en la isla de Capri y cuál parque urbano o Champs Ellysées puede eclipsar Sorrento, “el jardín natural del mundo”, la ciudad natal de Tasso? Las antiguas civilizaciones jamás sacrificaron la Naturaleza por la especulación, pero considerándola divina, han honrado sus bellezas naturales erigiendo obras de arte que nuestra moderna civilización eléctrica nunca podrá producir, ni siquiera en sueños. La grandiosidad sublime, la tristeza funérea y la majestuosidad de las ruinas de los templos de Pestum, que se yerguen por edades como muchos centinelas sobre el sepulcro del pasado y la esperanza remota del Futuro, entre la lazonía solitaria de las montañas de Sorrento, han inspirado más genios de los que la nueva civilización jamás producirá. Darnos los bandoleros que un tiempo infestaban estas ruinas, más bien que las vías férreas que surcan las antiguas tumbas etruscas. Los primeros pueden tomar la bolsa y la vida de pocos, mientras las otras están minando las existencias de millones, emponzoñando con gases mefíticos el dulce soplo de aire puro. Gracias al incremento demográfico y los cambios meteorológicos, en diez años, en el siglo xx, el sur de Francia, con Niza, Cannes y hasta Engadina, puede esperar competir con la atmósfera londinense y sus neblinas. Según se oye, la especulación está por asestar otra incicuidad contra la naturaleza: en algunas

montañas mundialmente conocidas, se está contemplando la instalación de funiculares humosas, grasosa y mefíticas. Se están preparando para aparecer furtivamente como muchos reptiles horribles que eruplan fuego sobre el immaculado cuerpo del Jungfrau, mientras un túnel ferroviario está por perforar el corazón de la montaña Virgen nevada, la gloria de Europa. ¿Y por qué no? La especulación ¿no ha acaso abatido los restos inestimables del Templo romano de Neptuno, para edificar sobre su cádaver colosal y columnas entalladas la actual Duana?

Entonces, ¿estamos tan equivocados en afirmar que la civilización moderna, con su Espíritu de Especulación, es el verdadero *Genio de Destrucción*? En tal caso, que mejor palabras dirgíre que aquellas de Burke:

“Por lo general, un Espíritu de innovación es el resultado de una actitud egoísta y de vistas limitadas. La gente que nunca vuelve su mirada hacia sus ancestros, jamás pensará en la posteridad.”

**H.P.B.**